

# EL ASESINO DEL TAROT

¿QUIÉN SERÁ LA PRÓXIMA VÍCTIMA?



SIMÓN HERGUETA

# **EL ASESINO DEL TAROT**

Primeros cinco capítulos

# EL ASESINO DEL TAROT

EL CASO TAROT

Simón Hergueta

Edición 2026

Madrid

## EL ASESINO DEL TAROT

### TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

© Simón Hergueta 2026

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y su distribución por medios electrónicos.



## Capítulo 1: La habitación 607

*Madrid, viernes, 4 de agosto del 2000*

A las diez y cuarto Isabel avanzó por el pasillo de la planta seis del Hotel Mediodía, arrastrando un carrito lleno de toallas y utensilios de limpieza. Se detuvo ante la habitación 607 y llamó con los nudillos. No hubo respuesta, así que abrió la puerta.

—¡Buenos días! —exclamó jovialmente asomando la cabeza.

Las cortinas estaban cerradas y un hilo de luz iluminaba vagamente la estancia. Los ojos de Isabel aún no se habían habituado a aquella oscuridad y solo pudo distinguir la silueta de un cuerpo sobre la cama.

—¿Hola? —dijo, incómoda.

Isabel avanzó unos pasos, tratando de distinguir aquel contorno difuso que parecía inerte. Entonces contempló la figura de una mujer. Pensó en dar media vuelta y marcharse, pero aquella falta de movimiento no le pareció normal.

—¿Oiga? —insistió ahora con firmeza.

Se acercó un poco más y comprobó que la chica estaba desnuda. Los ojos de Isabel ya se habían acostumbrado a la oscuridad de la habitación.

Entonces vio algo insólito. La chica estaba atada a la cama por las muñecas y los tobillos. Sus ojos abiertos miraban intensamente al vacío, tal vez aterrados por la experiencia que habían vivido. Su cuerpo, apuñalado sin piedad en el tronco, las piernas y los brazos, componía un espectáculo espeluznante lleno de sangre.

Isabel sintió que las mejillas le ardían. Se tambaleó. Puso su mano contra la pared para no caerse. Permaneció unos segundos sin poder reaccionar, con el pulso acelerado. Después, lentamente, recobró el aliento, se tranquilizó y se acercó a tocarle la mejilla.

Respiró hondo y contempló el cadáver. Miró a su alrededor. Algo le llamó la atención. En la cama había una carta.

Era una carta del tarot. El Loco.

Tenía un dibujo de un arlequín al borde de un precipicio. El arlequín tenía una flor en la mano y parecía flotar en el vacío.

La mujer abandonó el lugar, cerró la puerta y fue corriendo a buscar ayuda.

## Capítulo 2: Ojos que traspasan

A los quince minutos todo cambió en aquella habitación. Una patrulla de la policía se hizo cargo del escenario. Llegó la jueza de guardia, Carmen Agorreta, junto al secretario judicial.

Más tarde, llegó el forense, Agustino Yáñez, un individuo alto y despeinado con cara de haber estado durmiendo hasta hace pocos minutos.

Pascal apareció a las once y media. Era un hombre delgado de unos sesenta y tres años y llevaba un bastón. Entró en la escena del crimen y saludó a varios de los allí presentes, pero muy especialmente a la jueza de guardia.

Carmen Agorreta ordenó que descubriesen el cadáver. Un policía agarró la sábana por un extremo y lentamente tiró de ella.

Se hizo el silencio.

Pascal posó su mirada en los ojos del cadáver.

—Hay algunas cosas poco habituales —dijo Agorreta—. Su bolso lo encontramos ahí tirado.

Agorreta cogió del brazo a Pascal y lo acercó al cadáver de la chica.

—Mira —dijo señalando el cuerpo desnudo con un bolígrafo—, parece que la golpearon primero y después la apuñalaron a conciencia. Hay puñaladas por todas partes... incluso en brazos y piernas... Mira esta —señaló con el bolígrafo una herida pequeña junto a la ingle—. El asesino se tomó su tiempo para hacer todo esto, joder.

Pascal estudió con gran atención el cadáver.

—Es como si ninguna de las puñaladas fuera mortal —dijo Pascal.

—Ya. Ninguna afecta a un órgano vital —precisó Carmen Agorreta con tono grave.

—¿Qué sabemos del arma?

—Un cuchillo afilado y fino, puede que una especie de escalpelo.

Pascal no podía dejar de observar los ojos de la chica.

—El agresor la debió de golpear por sorpresa porque no hay señales de lucha previa... Mira aquí, ese pudo ser el arma que empleó para golpearla en la cabeza —dijo Agorreta, señalando un enorme cenicero que había junto a la cama.

—¿Y el teléfono? ¿Se ha comprobado algo?

—No hemos encontrado ningún teléfono.

—Tal vez conocía al agresor —comentó un policía—. El recepcionista dijo que vino acompañada por un hombre.

—Quiero una descripción completa y un retrato robot, antes de que se le empiece a olvidar —ordenó la jueza.

Pascal se asomó a la ventana y observó la plaza de Atocha llena de tráfico y actividad. Se giró y recorrió la habitación con su mirada. Luego se metió en el baño. No había nada especial allí, ni siquiera las toallas se habían usado. Se aproximó a la cama y junto al cabezal descubrió un objeto.

—¡Aquí hay algo! —exclamó Pascal.

## Capítulo 3: El enigma del collar

Era un collar formado por pequeños anillos de plástico ensartados en un hilo de nailon. En un extremo colgaba un canto rodado grabado con la figura de una mujer embarazada.

El fotógrafo tomó una imagen del collar. Luego la jueza ordenó levantar el cadáver. Dos hombres de la funeraria lo introdujeron en una bolsa negra, lo llevaron en camilla hasta el ascensor rumbo al Instituto Anatómico Forense.

Pascal se quedó en mitad del pasillo, observando cómo se llevaban el cuerpo de aquella chica.

—Parece como si se lo hubiera quitado antes de morir —dijo Pascal.

—¿Qué? —contestó la jueza de guardia, distraída.

—No es lógico que esté ahí. Si se lo quitó ella, lo dejaría en la mesita.

—Es verdad.

—¿Cuánto tiempo crees que lleva muerta? —preguntó Pascal.

Agorreta entornó los ojos e hizo un cálculo mental.

—No lo sé. Es posible que lleve poco. ¡Ah, mira! —añadió Agorreta, enseñándole un billete de dólar que estaba tirado en una esquina de la habitación—. El asesino dejó eso ahí. ¿No te parece curioso?

Pascal se arrodilló y observó el billete. Era un simple dólar.

—También hemos encontrado esto —dijo Agorreta, enseñándole la carta del Loco.

Pascal observó la carta. Estaba usada y presentaba los bordes desgastados. El jefe de la unidad de delitos no creía en el tarot, pero había algo en ese dibujo que le pareció inquietante. Era como si el arlequín le sonriera directamente.

—¿Un asesinato con mensaje?

—O alguien que nos quiere decir algo —respondió Agorreta.

Pascal escudriñó de nuevo la carta. Trató de encontrarle un sentido lógico. No vio nada.

El Pascal de antes habría visto la respuesta al instante. Pero ahora solo veía una carta absurda, un dólar, un collar y una chica muerta.

La carta, el billete, el collar. Tres elementos que no tenían sentido juntos. Pero Pascal sabía que no estaban ahí por azar. Apretó los dientes. ¿Por qué no podía verlo?

Se detuvo en la entrada del hotel, frente al fragor del tráfico. Miró el reloj. Eran las dos y cinco.

Sacó el teléfono.

Marcó un número.

Esto no lo podía resolver solo.

# **PRIMER ACTO**

EL CASO

## Capítulo 4: Comienza el caso

*Madrid, viernes, 4 de agosto del 2000*

El teléfono sonó a las dos y seis minutos según el reloj de la cocina. Roberto tenía el cuaderno rojo abierto sobre la mesa, vacío. Lo había abierto por costumbre, pero no había escrito nada.

Betty estaba en el salón con la televisión puesta y echada en el sofá. La noticia había explotado. Un asesinato. En un hotel. En el centro de Madrid.

Estaban diciendo que había secreto de sumario.

Betty lloraba.

Volvió a sonar el teléfono. Roberto lo descolgó.

—¿Sí?

—Roberto, ¿ya lo sabes?

Roberto cerró los ojos.

—Sí. Lo hemos visto en la televisión. No hablan de otra cosa.

—Acabo de salir —exclamó Pascal—. Menuda escena.

—¿Cómo estaba?

—No te lo puedes imaginar. Apunta. Quiero que vayas ahora mismo a esta dirección.

Roberto anotó la dirección en su cuaderno.

—Te lo dije —dijo Betty—. No me parecía normal que estuviera tanto tiempo ausente.

## Capítulo 5: El padre

Veinte minutos después, Roberto aparcaba frente al chalé de Ronualdo situado en una urbanización de lujo en Madrid. La verja estaba abierta y el vigilante le saludó como si le esperara.

La casa de Ronualdo se alzaba como un santuario de poder y silencio entre los pinos. Su fachada color crema, impoluta y solemne, parecía resistirse al paso del tiempo, y las molduras blancas de las esquinas le conferían una majestad casi palaciega. Desde el borde de la piscina, perfectamente azul, el reflejo del edificio temblaba como si se tratara de un espejismo.

A su alrededor, un jardín trazado al milímetro recordaba más a una maqueta que a un trozo de naturaleza. Los setos eran altos y densos, como si quisieran ocultar el estrés y agobio de la gran ciudad. Y, sin embargo, el conjunto irradiaba una extraordinaria calma que solo el dinero podía comprar.

Roberto atravesó el jardín y ya dentro, Mónica, la asistente rumana, le hizo pasar sin decir palabra.

Ronualdo estaba en la cocina, con el rostro devastado. Sobre la mesa había dos tazas vacías, restos de ceniza y una carpeta llena de papeles.

—No esperaba a nadie más hoy —dijo Ronualdo secamente—. Acabo de estar hablando con la policía.

Roberto se acercó.

—No soy de la policía. Me ha enviado Pascal.

Ronualdo asintió. Tenía los ojos rojos.

—Le dije a Pascal que me buscara un detective privado, pero francamente no esperaba alguien tan joven.

Roberto no supo qué decir.

—En cualquier caso, gracias por venir —murmuró, sin mirarle—. ¿Quiere tomar un café conmigo?

El detective aceptó.

—¿Quiere azúcar? —dijo Ronualdo.

—No, gracias.

Ronualdo le pasó su taza y Roberto estiró el brazo para cogerla. Luego dio un sorbo.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—El viernes 28 de julio por la tarde. Tuvimos una pequeña discusión el mismo viernes y yo pensé que por eso se había marchado, pero jamás imaginé...

Se quedó en silencio unos segundos cerrando los ojos y tapándose la cara.

—¿Tiene alguna idea de quién ha podido ser?

—No —Ronualdo se frotó la cara con ambas manos—. Me cuesta creer que alguien pueda odiar a mi hija y mucho menos hacer esto.

Hizo una pausa, respiró hondo. Sus ojos brillaban con una mezcla de cansancio y desesperación.

—Un padre nunca puede estar preparado para una noticia así —dijo finalmente.

Roberto sacó su cuaderno rojo y fue apuntando.

—Tenía un grupo de música. Ella era la cantante, pero lo dejó porque no encontraban discográfica. Llevaba un tiempo sin las ideas muy claras sobre qué hacer.

—¿Sabe los nombres de sus compañeros de grupo?

—Sí, hay uno que se llama Rodrigo. Tengo aquí el número. Espere.

Fue a una habitación y desapareció por el pasillo. Al rato regresó y lentamente le fue dando los números.

—¿Podría ver su habitación?

## Próxima parada: Lectura completa

Gracias por leer hasta aquí.

Si te han atrapado los primeros capítulos puedes seguir leyendo aquí:

[Comenzar la lectura ahora](#)



## Contenido

Capítulo 1: La habitación 607 .....	5
Capítulo 2: Ojos que traspasan .....	7
Capítulo 3: El enigma del collar .....	9
PRIMER ACTO .....	11
Capítulo 4: Comienza el caso .....	12
Capítulo 5: El padre .....	13
Próxima parada: Lectura completa .....	15